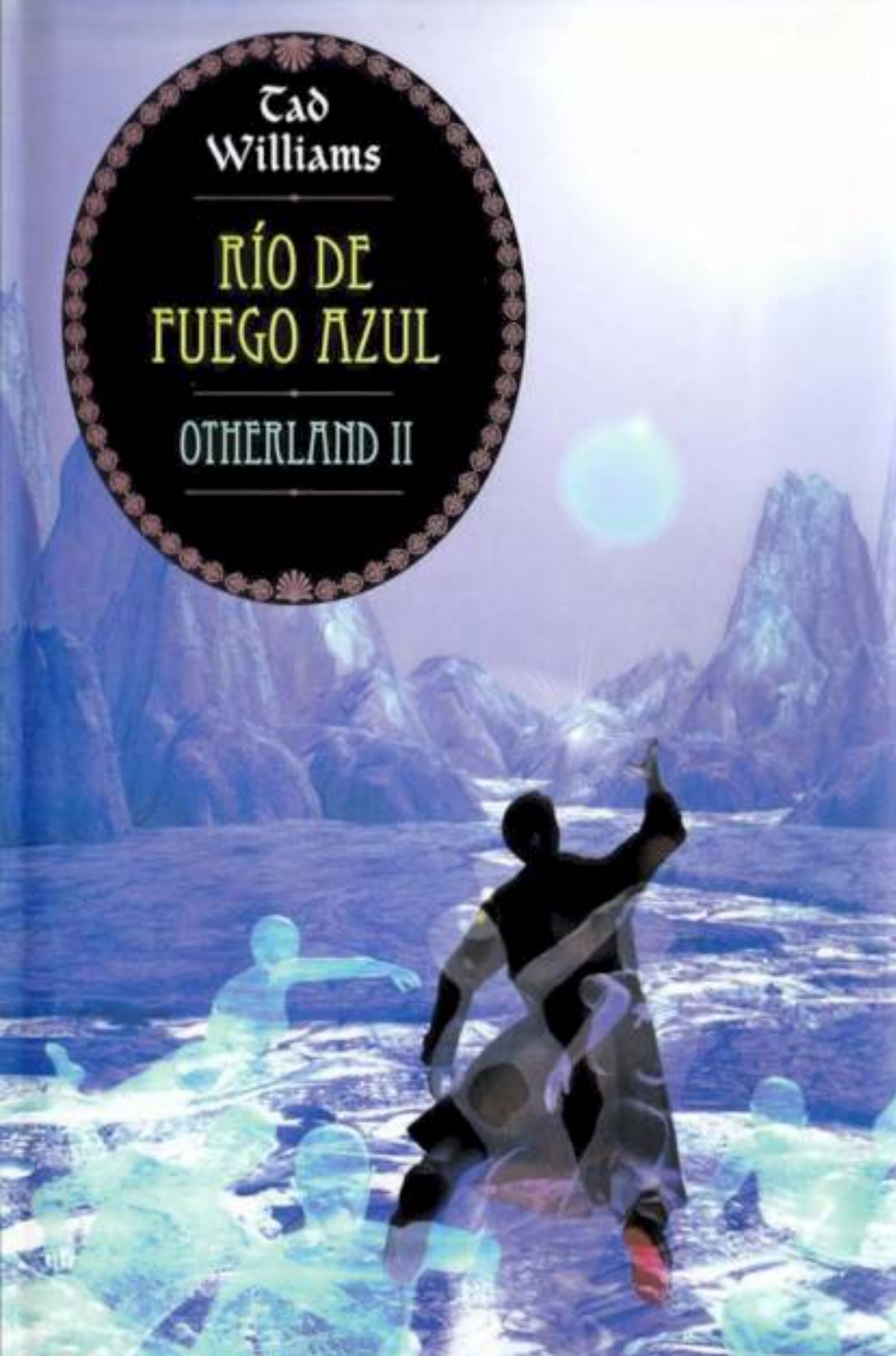


Tad
Williams

RÍO DE
FUEGO AZUL

OTHERLAND II



Tras introducirse en la ciudad dorada, antesala de la enigmática Otherland, un grupo de hombres, mujeres y niños han logrado conformar un pequeño clan capaz de hacer frente a la maléfica Hermandad del Grial.

Con el bagaje de los conocimientos adquiridos, navegan por una especie de carretera virtual con la apariencia de un río de fuego azul que los transportará por los universos virtuales que integran la más fantástica telaraña de mundos construida en el ciberespacio.

Dedico este libro a mi padre, Joseph Hill Evans, con
cariño.

Como ya he dicho antes, mi padre no lee ficción.
Todavía no sabe que le he dedicado esta obra,
y vamos por el segundo volumen...
a ver cuántos más publicamos sin que se percate.

TAD WILLIAMS

AGRADECIMIENTOS

Como de costumbre: un libro enorme, mucho que decir, muchos fallos, sobre todo míos, pero también todo el mérito de las personas que expreso a continuación. En la lista de agradecimientos que ya especificué en el volumen anterior nombré a:

Deborah Beale, Matt Bialer, Arthur Ross Evans, Jo-Ann Goodwin, Deb Grabien, Nic Grabien, Jed Hartmann, John Jarrold, Katharine Kerr, M. J. Kramer, Mark Kreighbaum, Bruce Lieberman, Mark McCrum, Peter Stampfel y Mitch Wagner.

Ahora la corrijo y aumento con los siguientes nombres:

Barbara Cannon, Aaron Castro, Nick des Barres, Tim Holman, Nick Itsou, Jo y Phil Knowles, LES..., Joshua Milligan, Eric Neuman, Michael Whelan y todos los cordiales amigos del servidor de Tad Williams.

Y la completo con las que continúan en su puesto como sufridos corredores de fondo, mis estimadas editoras Betsy Wollheim y Sheila Gilbert, tropecientos mil millones de gracias.

NOTA DEL AUTOR

He recibido muchísimo correo, electrónico y del antiguo con sello y todo, a propósito de *La ciudad de la sombra dorada*. Tengo el placer de decir que la mayoría ha sido extremadamente favorable y agradable. La única nota de descontento la han puesto algunos lectores preocupados por el carácter de «gancho» del final del segundo volumen.

Lo entiendo y pido disculpas. De todas formas, el problema a la hora de escribir este tipo de libro es que en realidad no se trata de una serie: es una novela muy, muy larga que debería ser publicada completa si no fuera porque 1) tardaría tanto en escribirla que mi familia y mis animales se morirían de hambre y 2) no se hacen cubiertas tan grandes, a menos que las adaptaran según el modelo de las carpas de circo. Es decir, tengo que hacer una elección difícil: terminar cada parte más bruscamente de lo que gusta a algunos lectores o inventar finales artificiosos para cada volumen, pero creo que eso afectaría a la obra entera e incluso sería nocivo para la estructura de la trama.

Así pues, sólo me queda pedir la indulgencia de los amables lectores. Haré cuanto pueda por no terminar ningún tomo en medio de una frase, como: «Y entonces, descubrió que era una...». ¡Alto! «FIN»; pero por favor, comprended que forma parte de un trabajo mucho mayor y no puede ser de otra manera. A pesar de todo, haré lo posible por encontrar una especie de conclusión para cada volumen.

Gracias.

Para mayor información, la dirección de Tad Williams en Internet es: <http://www.tadwilliams.com>

Prólogo

Había nieve por todas partes... el mundo era blanco.

«Seguro que hacía más calor en la Tierra de los Muertos —pensó, burlándose de sí mismo, burlándose del absurdo universo—. No tenía que haberme marchado».

Nieve y hielo, viento y sangre...

El ser que había en el pozo poco profundo emitió un sonido ronco y sonoro, terrible, y meneó la cabeza. Las astas, del tamaño de árboles pequeños, oscilaron de lado a lado y levantaron nieve y suciedad, aunque a punto estuvieron de ensartar a uno de los hombres que se había acercado a hostigar al ser con la lanza.

Paul jamás había visto un alce de semejante tamaño en el decrepito zoo de Londres; su lomo superaba la altura de un hombre y tenía la corpulencia de un toro de concurso. Llevaba casi una hora defendiéndose con una fuerza tremenda y se había manchado las puntas de las curvadas astas de la sangre de un hombre llamado No Llorarás, pero se había empapado la piel en su propia sangre y suya era también la sangre que teñía la nieve de la boca del agujero.

Volvió a saltar y cayó hacia atrás escarbando la tierra, revolviendo el fondo del pozo con los cascos hasta convertirlo en una nata de color rosa. Las lanzas que rasgaban el grueso pellejo del alce tintineaban como joyas exóticas. Corre Mucho, que parecía el cazador más temerario del

grupo, se inclinó para arrancar una de las lanzas clavadas. Erró el primer intento, esquivó la oscilante cornamenta y luego volvió a aplastar la punta de piedra en el mismo sitio, justo debajo de la gruesa quijada del animal. Brotó un chorro de sangre arterial de tres metros que salpicó a Corre Mucho y a los otros dos que estaban a su lado y añadió otra capa de color a las pinturas de caza, ocre y negras...

El alce trepó por el terraplén una vez más, en un último y desesperado intento de salir de la trampa, pero no logró alcanzar el borde antes de que las lanzas de los cazadores lo empujaran y lo hicieran resbalar hasta el fondo con la torpeza de un cervatillo.

El chorro de sangre de la garganta se debilitaba, el macho se sostenía sobre patas temblorosas en el fondo del pozo, aspirando el aire con esfuerzo. Se le dobló una pata pero se sobrepuso y la volvió a estirar enseñando los dientes en la agonía final, mirando con odio, con las orgullosas astas en alto. El hombre llamado Cazapájaros le clavó una lanza en el costado, un gesto claramente innecesario. El alce retrocedió un paso con una expresión en la cara que, en un ser humano, Paul habría llamado de frustración; luego cayó de rodillas y quedó tumbado de lado, resollando.

—Ahora se entrega a nosotros —dijo Corre Mucho. Tenía la cara pintarrajeada pero se le veía la boca cerrada en una sonrisa de placer y cansancio, aunque sus ojos reflejaban algo más profundo—. Ahora es nuestro.

Corre Mucho y otro hombre bajaron al pozo. Mientras el compañero sujetaba firmemente al alce por la cornamenta y el animal respiraba entrecortadamente y se estremecía, Corre Mucho le rajó la garganta con una gran cuchilla de piedra.

Parecía una ironía cruel que el cazador que tenía el curioso nombre de No Llorarás hubiera sufrido no sólo varias cornadas profundas en la cara y la cabeza, sino que además hubiera perdido el ojo izquierdo. Mientras uno de sus com-

pañeros le llenaba el astillado hueco con nieve y se lo tapaba con una tira de piel curtida, No Llorarás murmuraba como para sí una especie de cantinela que tanto podía ser un lamento como una oración. Corre Mucho se agachó a su lado para limpiarle la sangre de la cara y la barba, pero las heridas todavía sangraban sensiblemente. Paul se quedó asombrado por la tranquila reacción de los demás a las graves heridas de su compañero, aunque todos tenían cicatrices o alguna desfiguración.

«Aquí es fácil morir —pensó—, o sea, que todo lo demás debe de ser un auténtico triunfo».

Los cazadores neandertales descuartizaron el cadáver del alce con rapidez y habilidad ayudándose de sus cuchillos de pedernal y envolvieron la piel, los órganos y hasta los huesos en el pellejo, todavía humeante, para disponerse a viajar. «La gente», como se llamaban a sí mismos, no desperdiciaba nada.

A medida que el trabajo disminuía, empezaron a fijarse en Paul otra vez, preguntándose tal vez si habrían impresionado con su valentía al desconocido al que habían salvado del hielo. Sólo el que se llamaba Cazapájaros lo miraba con un recelo sin tapujos, aunque todos mantenían las distancias. Como no había participado ni en la caza ni en el descuartizamiento, Paul se sentía inútil, de modo que agradeció que Corre Mucho se le acercara. Hasta el momento, el único que había hablado con él era el jefe de la partida de caza. El neandertal le tendió la mano untada de sangre ofreciéndole una tira de carne roja de la pieza de caza. Paul comprendió que era un gesto de amabilidad y la aceptó. Curiosamente, la carne no tenía sabor, como si masticara un trozo de goma sazonada con sangre.

—Tres Cuernos ha luchado valientemente. —Corre Mucho se llevó otro trozo de carne a la boca. Como no le cabía entero, cogió la cuchilla de piedra y cortó lo sobrante, pero no lo soltó hasta terminar el primer bocado. Sonrió

enseñando los dientes, gastados y rayados—. Ahora tenemos mucha carne. La gente se alegrará.

Paul no sabía qué decir y asintió con un gesto. Se había dado cuenta de un detalle curioso: entendía perfectamente el idioma de los cazadores, pues hablaban a la perfección su propia lengua, cosa verdaderamente imposible en un grupo de cazadores neandertales. Al mismo tiempo, le parecía percibir una leve desincronización entre el movimiento de los labios y la pronunciación de las palabras, como en un drama extranjero bien doblado.

En realidad, era como si le hubieran puesto algún tipo de implante traductor, como el que llevaba Niles, su antiguo amigo de la escuela, cuando ingresó en el cuerpo diplomático. Pero ¿cómo podía ser?

Por cuarta o quinta vez en el día, Paul se llevó las manos al codo y al cuello buscando una neurocánula que sabía que no tenía y, una vez más, sólo se notó la piel de gallina. Nunca había querido ponerse implantes, se había resistido a la moda a la que habían sucumbido la mayoría de sus amigos y, sin embargo, parecía que se los hubieran puesto sin pedirle autorización... y escondiendo la ubicación tan perfectamente que no la encontraba.

«¿Quién lo habrá hecho? —se preguntaba—. ¿Y por qué? Y, lo que es más importante, ¿dónde demonios estoy?».

Por más vueltas que le daba, no lograba acercarse a la respuesta. Tenía la impresión de deslizarse por el espacio y el tiempo como si estuviera en una novela de ciencia ficción de las más disparatadas. Se acordaba de que había pasado por una especie de aventura infantil en Marte y por una versión chiflada de Alicia a través del espejo. También había visto otros lugares increíbles, con detalles borrosos, pero muy completos de todas formas como para tratarse de meros retazos de cosas soñadas. ¿Cómo era posible? Si hubiera alguien dispuesto a construir decorados y a contratar a impostores para que lo volvieran loco de atar, se esta-

ría gastando millones... ¡billones! Sin embargo, por más que lo intentara, no lograba encontrar el menor fallo en la caracterización de los supuestos actores. De la misma manera, tampoco lograba imaginar una sola razón por la que alguien hubiera de emplear tan grandes recursos en un don nadie como él, un simple conservador de museos sin amigos importantes ni ambiciones personales. Aunque la voz del arpa dijera otra cosa, aquello sólo podía ser la realidad.

A menos que le hubieran hecho un lavado de cerebro, cosa que no podía descartar. A lo mejor le habían administrado una droga experimental... pero ¿por qué? Todavía tenía una laguna en la memoria donde tal vez se ocultara la respuesta pero, al contrario que los extraños viajes por paisajes imaginarios, por más que se concentrara en ese punto negro específico, no lograba arrojar ninguna luz sobre él.

Corre Mucho seguía acucillado a su lado, con los ojos redondos y curiosos bajo la frente prominente. Cohibido y confuso, Paul se encogió de hombros, se agachó a coger un puñado de nieve y la estrujó entre las manos, protegidas por unos rudos guantes como pinzas de cangrejo. Un lavado de cerebro justificaría el haberse despertado en un río prehistórico congelado y el haber sido rescatado por unos hombres de Neandertal que parecían auténticos... los disfraces y la ambientación de una alucinación no eran excesivamente caros. Lo injustificable era la presencia incuestionablemente real y constante del mundo que lo rodeaba, la nieve que apretaba en la mano, fría, granulosa y blanca, el extraño que estaba a su lado, con su cara desconocida pero absolutamente reconocible y ajena a la vez.

¡Cuántas preguntas y ninguna respuesta! Paul suspiró y dejó caer la nieve que tenía en la mano.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? —preguntó a Corre Mucho.

—No. Estamos cerca de donde vive la gente. Llegaremos antes de que sea noche cerrada. —El cazador se inclinó hacia delante, frunció el ceño y se quedó mirando a Paul

a los labios—. Tú comes, Espíritu del Río. ¿Todos los de la Tierra de los Muertos comen?

—Sólo cuando tienen hambre —replicó Paul con una sonrisa triste.

Corre Mucho iba en cabeza, sus piernas fornidas lo llevaban por la nieve sin fatiga; como todos los cazadores, incluso No Llorarás, que avanzaba gravemente herido, tenía en sus movimientos la gracia de los animales salvajes. Los demás, a pesar de ir cargados con cientos de kilogramos de alce descuartizado, lo seguían con rapidez, de modo que Paul perdía el resuello tratando de mantenerse a su altura.

Tropezó con una rama escondida en la nieve y resbaló, pero el hombre que iba a su lado lo sujetó sin pestañear hasta que Paul hubo recobrado el equilibrio; el neandertal tenía unas manos rudas y ásperas como corteza de árbol. Paul volvió a sentirse confuso. Era imposible no creérselo ante la aplastante evidencia. Ésos hombres, aunque no respondían con exactitud a la caricatura de cavernícolas que recordaba de las películas de la infancia, eran tan claramente distintos de sí mismo, tan salvajes y simples, que el escepticismo empezaba a perder terreno... No es que la incredulidad se debilitara, sino que iba encerrándose en una especie de estado de hibernación, hasta que volviera a despertar en el momento oportuno.

Algo parecido al aullido de un lobo resonó en las alturas de la montaña. La gente apuró el paso.

«*Nada de lo que te rodea es verdad, aunque las cosas que ves pueden hacerte daño o matarte*», le había dicho la voz del arpa, la esfera dorada. Ésos hombres, fueran lo que fuesen, auténticos o falsos, estaban en su casa, mientras que él era un extraño. Tendría que confiar en sus propias dotes. Por el bien de su cordura, tendría que creer que eran exactamente lo que parecían.

Cuando todavía lo llamaban Paulie, de pequeño, cuando aún era el tesoro de su excéntrico padre y su frágil madre, siempre pasaba las Navidades en la cabaña de su abuela paterna, en Gloucestershire, en el campo, entre colinas onduladas y bosques, el lugar cuyos habitantes gustaban de llamar «la auténtica Inglaterra». Pero aquello no era auténtico en absoluto, su valor residía precisamente en que simbolizaba algo que jamás había existido del todo, una Inglaterra de clase media de bucólica belleza campestre cuya destrucción se hacía más patente con el paso de los años.

Para la abuela Jonas, el mundo de más allá de su pueblo era cada vez más desconocido. Podía relatar los intrínsecos de una disputa entre vecinos a causa de una valla con el refinamiento de un analista legal de las noticias de la red, pero no recordaba quién era el primer ministro. Naturalmente, tenía una pantalla mural, pequeña y antigua en la pared del recibidor, con un barroco marco dorado como si fuera la fotografía de un familiar muerto hacía tiempo. Casi nunca se usaba, sólo para los mensajes de voz. La abuela Jonas nunca había confiado del todo en la comunicación visual, lo que menos le gustaba era poder ver sin que la vieran, si así lo deseaba, y la idea de que cualquier extraño pudiera asomarse a su casa y verla en bata le daba «escalofríos, Paulie, cariño, auténticos escalofríos», como solía decir.

A pesar de su desprecio por el mundo moderno, o tal vez por ello, precisamente, Paul la quería muchísimo y ella, a su vez, lo había querido a él como sólo saben querer las abuelas. Cualquier logro de su nieto, por insignificante que fuera, se convertía en una victoria extraordinaria, cualquier desobediencia a la autoridad de los padres, en una manifestación de inteligencia que había que alentar en vez de castigar. Cuando, en pleno ataque de rebelión sin causa, el joven Paul se negaba a fregar los platos o a cumplir cual-

quier tarea, con lo cual se quedaba sin postre, la abuela Jonas se acercaba más tarde a la puerta de su dormitorio, donde lo mandaban como castigo, para llevarle alguna golosina de contrabando, muy apurada, casi sin aliento, y volvía a bajar rápidamente antes de que sus padres notaran su ausencia.

El invierno en que tenía siete años, nevó. Fueron las Navidades inglesas más blancas de varias décadas y los noticiarios de la red competían por emitir las imágenes más asombrosas: la cúpula de Saint Paul con un capirote blanco, gente patinando sobre hielo en el curso bajo del Támesis, como en los tiempos isabelinos, aunque algunos murieron porque el hielo no tenía suficiente consistencia... Durante las primeras semanas, antes de que los noticiarios sensacionalistas empezasen a anunciar a bombo y platillo «otra tormenta atlántica siembra el terror blanco» y a hacer recuentos diarios de víctimas, con tomas de cada una, de la gente que moría congelada porque dormía al raso o incluso mientras esperaba en alguna estación de tren pequeña, las grandes nevadas inspiraron una sensación de felicidad a casi todo el mundo, a Paul entre muchos más. Fue su primer contacto con bolas de nieve y trineos, con ramas de árboles que dejaban caer frías sorpresas sobre el cogote, con un mundo que de pronto había perdido casi todos los colores.

Un día despejado, con sol y cielo azul, su abuela y él salieron a dar un paseo. La última nevada había tapado prácticamente todo y pasearon por el campo, donde no había señal alguna de seres humanos excepto alguna chimenea humeante a lo lejos, ni más huellas que las que ellos dejaban con sus botas de goma, de modo que contemplaron un paisaje primordial, intacto.

Cuando por fin llegaron a un lugar donde el terreno descendía suavemente entre setos hacia un valle, su abuela se detuvo de repente. Abrió los brazos y, con una voz que jamás había oído, baja pero temblorosa y emocionada, dijo: «¡Mira, Paulie! ¿No te parece maravilloso? ¿No te parece

perfecto? Es como si hubiéramos vuelto al principio de todo. Como si todo este mundo pecador hubiera empezado de nuevo». Con las manos enguantadas, los puños cerrados ante sí como un niño que pide un deseo, añadió: «¿No sería maravilloso?».

Sorprendido y un poco asustado por la intensa reacción de su abuela, Paul se esforzó por identificarse con ese sentimiento tan íntimo, aunque finalmente no lo consiguió. En efecto, la ilusión de vacío, de que todo era posible, resultaba hermosa, pero en aquel momento era un niño de siete años que no pensaba, como su abuela, que la gente había estropeado el mundo, y todavía era suficientemente infantil como para ponerse nervioso al pensar en un lugar sin gente y sin parajes conocidos, un mundo limpio, frío y solitario.

Permanecieron largo rato contemplando el deshabitado mundo invernal y, cuando por fin emprendieron el camino de regreso, su abuela esgrimía una sonrisa feroz y cantaba una canción que Paul no oía bien; no obstante, se alegró mucho, en secreto, de volver en sentido inverso sobre sus propias huellas, como si saliera de un opresivo bosque de preocupaciones de adultos siguiendo un rastro de migas de pan.

Aquel día tan lejano, Paul trató de compartir el gran descubrimiento de su abuela sin conseguirlo. Sin embargo, allí entre los neandertales, parecía que fuera él quien hubiera caído en el mundo de los deseos de su abuela, un mundo miles de generaciones anterior incluso a la lejanísima infancia de su abuela, un mundo que sólo ella podía imaginar.

«Sí —se dijo—; si mi abuela hubiera visto esto... ¡Dios, cuánto le habría gustado! Es el principio, realmente... mucho antes de que existieran los políticos corruptos y los sucios espectáculos de la red, antes de que la gente fuera tan fría y vulgar y antes de que los restaurantes sirvieran platos